

Avances en el diálogo cristiano islámico

Gian Paolo Salvini

Se ha celebrado en Castelgandolfo, del 9 al 12 de octubre, la VI Convención internacional islamo-cristiana organizada por el Movimiento de los focolares; casi a la vez, el 27 de octubre, se desarrolló en muchas ciudades italianas, la VII jornada del diálogo islamo-cristiano. Se trata de una iniciativa nacida tras la tragedia del 11 de septiembre de 2001, que se ha hecho coincidir durante los primeros seis años con la celebración del último viernes del Ramadán. Desde 2008, para evitar la dificultad que supone la movilidad del calendario islámico, se ha fijado en el 27 de octubre, para recordar el encuentro de Asís, querido por Juan Pablo II, que dio un nuevo impulso al movimiento de los diálogos interreligiosos.

El lema que inspiró aquella jornada fue una frase del místico musulmán Jalaluddin Rumi, que dice: «Tira las hojas mustias del ramaje de tu corazón, para que nuevas hojas verdes puedan crecer en su lugar. Por cualquier pena que salga de tu corazón, cosas mejores ocuparán su puesto».

Otras iniciativas similares

Las iniciativas para el diálogo entre el Islam y el Cristianismo se han multiplicado en los últimos tiempos, tanto en Italia como en el resto de Europa. Por citar algunas, en julio se celebró un Congreso en Madrid; en octubre un encuentro en la Universidad de Cambridge, al término del cual, tanto el arzobispo

anglicano de Canterbury, Rowan Williams, como el gran muftí de Egipto, Ali Gomaa, expresaron su gran satisfacción; una semana más tarde tuvo lugar en Bruselas un Simposio islamo-cristiano, promovido por el «Comité para las rela-

el Seminario constituye un ulterior paso hacia una mayor comprensión entre musulmanes y cristianos en el ámbito de otros encuentros regulares que la Santa Sede promueve con otros grupos musulmanes; el tema elegido representa el centro tanto del islam como del cristianismo

ciones con los musulmanes» del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (Ccee) y de la Conferencia de las Iglesias europeas (Kek), en el que se discutió sobre el papel de los cristianos y musulmanes en la construcción de una Europa más tolerante y pluralista.

El Fórum católico-musulmán de Roma

Mayor resonancia en la prensa occidental (bastante menor en la del

mundo islámico) ha tenido el 1.º Seminario organizado por el Fórum Católico-Musulmán, que se desarrolló en Roma del 4 al 6 de noviembre en la Universidad Gregoriana.

El Fórum ha sido instituido por el Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso y por representantes musulmanes para continuar la iniciativa tomada por 138 personalidades musulmanas (tras las reacciones suscitadas por el discurso del Papa en Ratisbona), y manifestada en carta dirigida a Benedicto XVI y a otros dirigentes de las Iglesias y Comunidades eclesiales, y a la que el Secretario de Estado, card. T. Bertone, había respondido el 19 de noviembre de 2007 en nombre del Papa¹.

En el encuentro han participado por cada parte 29 personas, entre expertos, autoridades religiosas y consejeros (más precisamente, 24 participantes y 5 consejeros). La delegación católica estaba presidida por el card. Jean-Louis Tauran, presidente del Consejo Pontificio

¹ CH. TROLL, «Verso una convergenza di fondo tra cristiani e musulmani. 138 personalità musulmane invitano cristiani e musulmani alla riconciliazione e alla collaborazione», *Civ. Catt.* 2007 IV 437-441; y para la respuesta del card. Bertone, «Partire col piede giusto», *ibid.*, 2008 I 383-385.

para el Dialogo Interreligioso, mientras que al frente de la musulmana estaba el gran muftí de Bosnia, Mustafá Ceric.

El tema del Seminario fue «Amor de Dios, amor del prójimo», y fue tratado a lo largo de los dos días que duró el encuentro: el primero de ellos se dedicó a explicitar los fundamentos teológicos y espirituales, y el segundo estuvo centrado en la «dignidad de la persona humana y el respeto mutuo». Sobre cada uno de los dos subtemas se presentó una relación por parte católica y otra por parte musulmana, que sirvieron como base para los debates consecutivos, desarrollados a puerta cerrada.

Al tercer día los participantes fueron recibidos en audiencia por Benedicto XVI, y por la tarde en sesión pública en la Gregoriana, fue comunicada la Declaración común aprobada al fin de las sesiones. El programa había sido concordado meses antes en otros encuentros preliminares.

El discurso del Papa

Benedicto XVI había recibido a los participantes en el Seminario la mañana del 6 de noviembre. Dos representantes musulmanes, el prof. Seyyed Hossein Nasr, chiita,

y el gran muftí Mustafá Cernic, sunnita, saludaron en primer lugar al Papa recordando que la convivencia pacífica debe ser el objetivo común de las dos religiones. El Pontífice respondió afirmando que «este encuentro es un claro signo de nuestra estima recíproca y de nuestro deseo de escucharnos respetuosamente unos a otros»². El Seminario, subrayó el Papa, constituye un ulterior paso hacia una mayor comprensión entre musulmanes y cristianos en el ámbito de otros encuentros regu-

*Dios nos llama para
trabajar juntos a favor
de las víctimas de las
enfermedades, del hambre,
de la pobreza, de la injusticia
y de la violencia;
para los cristianos el amor
de Dios está indisolublemente
ligado al amor de nuestros
hermanos*

lares que la Santa Sede promueve con otros grupos musulmanes. El tema elegido, «Amor de Dios y amor del prójimo», representa el centro tanto del islam como del cristianismo.

² *Ecclesia* 68 (2008) 1742s.

«Soy muy consciente —afirmó Benedicto XVI— que musulmanes y cristianos tenemos puntos de vista diversos en las cuestiones referentes a Dios. Pero podemos y debemos ser adoradores del único Dios que nos ha creado y que vela por toda persona en cualquier parte del mundo. Juntos debemos mostrar, con el respeto recíproco y la solidaridad, que nos consideramos como miembros de una única familia: la familia que Dios ha amado y reunido desde la creación del mundo hasta el final de la historia humana [...]. Dios nos llama para trabajar juntos a favor de las víctimas de las enfermedades, del hambre, de la pobreza, de la injusticia y de la violencia. Para los cristianos el amor de Dios está indisolublemente ligado al amor de nuestros hermanos y de nuestras hermanas».

«También la tradición musulmana estimula el empeño de servir a los más necesitados y recuerda la propia versión de la regla de oro: vuestra fe no será perfecta si no hacéis a los otros lo que queréis para vosotros mismos». Por tanto, «debemos trabajar juntos para promover el respeto auténtico por la dignidad de la persona humana y por los derechos humanos fundamentales, aunque nuestras concepciones antropológicas y nuestras teologías lo justifiquen de mo-

do diferente». El punto de partida es el reconocimiento de la centralidad de la persona y de la dignidad de todo ser humano.

«Auguro una vez más —prosiguió el Pontífice— que los derechos humanos fundamentales sean tutelados por todos y en todas partes. Los líderes políticos tienen el deber de asegurar el libre ejercicio de estos derechos en el pleno respeto de la libertad de conciencia y de la libertad de religión de cada uno. La discriminación y la violencia que todavía hoy experimentan los creyentes en todo el mundo y las persecuciones a menudo violentas de que son objeto, son actos inaceptables e injustificados, tanto más graves y deplorables cuanto que se ejecutan en nombre de Dios. El nombre de Dios debe ser solamente nombre de paz y hermandad, de justicia y amor. Estamos llamados a demostrar con las palabras, y sobre todo con los hechos, que el mensaje de nuestras religiones es indefectiblemente un mensaje de armonía y de comprensión recíproca».

La alocución del Papa concluyó con un deseo: «Tomemos la determinación de dejar atrás los prejuicios del pasado y corregir la imagen del otro —a menudo distorsionada— que todavía hoy puede crear dificultad en nuestras rela-

ciones; colaboremos para educar a todas las personas, y especialmente a los jóvenes, en la construcción de un futuro común».

La Declaración final

Como conclusión del Seminario se ha publicado una Declaración final, que consta de 15 puntos, y fue aprobada el jueves 6 de noviembre³. En ella se dice que han surgido puntos de semejanza y de diversidad, que reflejan el distinto genio específico de las dos religiones. Más aún, se afirma que el amor de Dios por la humanidad es el fundamento de la dignidad de toda persona, creada por un Dios amoroso, que la ha dotado de razón y libre arbitrio, de modo que sea capaz de amar a Dios y a los hombres. «Sobre la base firme de estos principios, la persona requiere el respeto de su dignidad original y su vocación humana. Por tanto, tiene derecho al pleno reconocimiento de su propia identidad y de la propia libertad de parte de individuos, comunidades y gobiernos, apoyados en una legislación civil que asegure la igualdad de derechos y la plena ciudadanía» (3).

«Afirmamos que la creación de la humanidad por parte de Dios pre-

³ *Ecclesia* 68 (2008) 1744s.

presenta dos grandes aspectos: la persona humana, masculina y femenina, y nos comprometemos conjuntamente a asegurar que la dignidad humana y el respeto se extiendan tanto a los hombres como a las mujeres sobre una base paritaria» (4). «El amor genuino del prójimo implica el respeto a la

*las minorías religiosas
tienen el derecho a ser
respetadas en sus propias
convicciones y prácticas
religiosas, y tienen también
el derecho a sus propios
lugares de culto, imágenes
y símbolos fundamentales*

persona y a sus opciones en cuestiones de conciencia y de religión. Ello incluye el derecho de individuos y comunidades a practicar la propia religión en privado y en público» (5). «Las minorías religiosas tienen el derecho a ser respetadas en sus propias convicciones y prácticas religiosas. Tienen también el derecho a propios lugares de culto, y sus imágenes y símbolos fundamentales, que consideran sagrados, no deberían ser

objeto de ninguna forma de burla o desprecio» (6).

«Afirmamos que ninguna religión ni sus seguidores deberían ser excluidos de la sociedad. Cada uno debería ser capaz de dar su contribución indispensable al bien social, sobre todo en el servicio al más necesitado» (8). « Católicos y musulmanes estamos claramente llamados a ser instrumentos de amor y

cuenta la situación de los pobres y desheredados, tanto individuos como naciones endeudadas» (12).

Se toma por último en consideración la posibilidad de crear un Comité católico–musulmán permanente, que coordine las respuestas a los conflictos y otras situaciones de emergencia, y que organice un segundo Seminario en un país, esta vez, de mayoría musulmana.

*la declaración final contiene
muchas afirmaciones
dignas de relevancia,
especialmente en lo que se
refiere al rechazo del uso
instrumental de la religión
para crear fanatismo
e intolerancia o incluso
para justificar el terrorismo*

de armonía entre los creyentes y para toda la humanidad, renunciando a cualquier opresión, violencia agresiva y terrorismo, sobre todo cuando se cometen en nombre de la religión, manteniendo el principio de justicia para todos» (11). «Apelamos a los creyentes para que trabajen por un sistema financiero ético, en el cual los mecanismos reguladores tengan en

Un paso en un camino

El hecho que cristianos y musulmanes se encuentren en clima de mutuo respeto y en disposición de escuchar, y discutan de modo constructivo, es ciertamente un hecho positivo y podemos esperar que tenga una continuación. La intervención del mismo Benedicto XVI subraya de modo evidente la importancia atribuida a este género de diálogo. Lo sucedido constituye por lo mismo un paso hacia delante, y un paso en la dirección justa. Hoy nos encontramos viviendo juntos, y es necesario encontrar algo común en la propia humanidad que consienta esta convivencia en un modo no sólo pacífico, sino también constructivo.

La declaración final, no obstante lo genérico de algunos puntos, contiene muchas afirmaciones dignas de

relevancia, especialmente en lo que se refiere al rechazo del uso instrumental de la religión para crear fanatismo e intolerancia o incluso para justificar el terrorismo. En nombre de Dios no se puede nunca ejercer la violencia. Lo mismo vale para los derechos humanos fundamentales, comenzando por la paridad entre hombre y mujer.

Según algunos de los participantes, los representantes musulmanes habrían preferido insistir en los fundamentos teológicos y espirituales, mientras los católicos insistieron en que se descendiese también al plano más concreto. Sobre la libertad religiosa, algunos musulmanes objetaron que en sus propios países estaba regulada, a veces diversamente de las leyes del propio Estado. Pero el Muftí de Sarajevo, Ceric, recordó que la fórmula usada en el texto es la misma de la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU, firmada por muchos de los países musulmanes. Falta sin embargo, en el n. 5, una alusión explícita a la libertad para cambiar de religión, un punto siempre muy delicado para los musulmanes.

Ahora queda esperar, ante todo, que la Declaración se difunda y se dé a conocer en todos los países, y luego que las palabras se traduzcan en realidad vivida y en cultu-

ra enraizada en los pueblos. Todos sabemos cuán difícil es cambiar una mentalidad que ha impregnado durante siglos una sociedad entera. Las disposiciones legislativas a favor de la población de color, por ejemplo en los Estados Unidos, ha tenido que esperar de-

*los prejuicios están siempre
prontos a resurgir,
y la historia enseña
que no nos comportamos
lo mismo cuando estamos
en minoría que cuando
nos sentimos en mayoría*

cenios antes de convertirse en cultura aceptada. En Europa han transcurrido siglos antes de llegar a una sana distinción entre Iglesia y Estado (cosa muy diversa del laicismo propugnado por algunos) y a admitir una verdadera libertad religiosa. Baste pensar en la época del principio *cuius regio eius et religio*, en base al cual, por ejemplo, la población de un principado alemán estaba (teóricamente) forzada a cambiar de religión, cada vez que el príncipe se convertía al catolicismo o a la reforma protes-

tante. No por nada se citaron las tragedias recientes de una parte y de otra: el éxodo de los cristianos del Medio Oriente o las matanzas de musulmanes en Bosnia. Los prejuicios están siempre prontos a resurgir, y la historia enseña que no nos comportamos lo mismo cuando estamos en minoría (más o menos perseguida o en posición de inferioridad) que cuando nos sentimos en mayoría.

Es sabido que la concepción de los derechos del hombre —y de la

mujer!— no es la misma en el mundo cristiano y en musulmán, aunque a veces los términos utilizados sean iguales. Pero los líderes de las grandes religiones, tanto del islam como del cristianismo, son conscientes del peligro mortal que puede surgir si se prestan al juego de los extremismos, que arruinan la misma noción de Dios, promotor de la paz y de la justicia, por una instrumentalización política o incluso terrorística. Y en esta defensa, el trabajo común es de gran provecho. ■